

mo al siglo XVIII? Uno de los más nobles genios de la Francia, Fenelón, es el lazo de los dos siglos que se suponen tan opuestos, tan hostiles. En otra parte hemos citado nuestros testimonios: la identidad es tal, que el autor del *Telémaco* podría pasar por un contemporáneo de Voltaire si no estuviera separado de los filósofos por su fe sinceramente cristiana. Hay otra manifestación de la humanidad que caracteriza a la filosofía del siglo pasado y que asombra encontrar en una sociedad que aplaudió la revocación del edicto de Nantes: la tolerancia; y, sin embargo, la tolerancia tuvo sus partidarios. No citaremos por el momento a Bayle, pues que se cuenta entre las víctimas de la persecución. Hay otro escritor que no habría estado fuera de su lugar entre los enciclopedistas, Saint-Evremond, el cual, declarando que sería católico por derecho si no lo fuera por nacimiento, se apresura a añadir que la adhesión a su creencia no le anima contra la de los demás, y que jamás tuvo ese celo indiscreto que nos hace odiar a las personas, porque no concuerdan en sentimientos con nosotros. Pretendían hacer creer los ortodoxos que si detestaban a los herejes y a los infieles era por amor al prójimo; el escritor galo no veía en esto más que una falsa caridad y una ilusión del amor propio, y no comprendía que la ceguedad del espíritu que engendra los errores en materia de religión pudiera excitar el odio (1). Saint-Evremond reprocha a las naciones cristianas su intolerancia, oponiéndoles el ejemplo de los antiguos que, aun en los tiempos en que reinaba la mayor tiranía, dejaban al entendimiento la plena libertad de sus luces: su convicción es que cada cual debe ser libre en su creencia. Hé ahí bellas palabras que no las ha dicho mejor el siglo XVIII. Y hay más: con llamarse tan católico Saint-Evremond, no lo es ciertamente a la manera de Bossuet; lo es más bien al modo de Voltaire. Laméntase en una poesía de que no se haga más que disputar sobre el cristianismo, sin hacer nada por la religión; y después exclama: «¡Cómo! ¿no se hace nada por ella? Se condena al fuego a los judíos y se extermina al infiel. ¿Creéis que es todavía poco? Pues bien, se ahorcará al hereje y hasta al católico. ¿Dónde podría encontrarse más celo y más amor?» (2).

(1) «La ficción, la hipocresía, son las únicas cosas que deben odiarse; porque quien cree de buena fe, aun cuando crea mal, en lugar de merecer que se le persiga, es digno de compasión.»

(2) SAINT-EVREMOND, *Œuvres mêlées*, t. III, p. 89-91, 105 y sig.

Los enemigos del siglo XVIII lo odian por sus doctrinas políticas tanto como por su incredulidad. Es detestado Rousseau, aunque bajo cierto aspecto se conservaba cristiano, porque es el apóstol de la igualdad, lo cual lo convierte casi en un socialista a los ojos de los reaccionarios del 48. Pues bien: oigamos a un escritor del siglo XVII que goza de la admiración de los ortodoxos. Pascal hace constar que el sentimiento de la desigualdad tiene profundas raíces en la conciencia general, aun en aquellos mismos que son víctimas del privilegio: «El pueblo, dice, cree que la nobleza tiene superioridad real, y casi considera a los grandes como de una naturaleza distinta de la de los demás.» La manera con que Pascal se expresa significa la extrañeza y no la simpatía; evidentemente no participaba de la preocupación popular. ¿Se quiere la prueba? Hé aquí un pensamiento que parece escrito en el 92: «No se elige para gobernar una nave al viajero que pertenece a la mejor casa.» Y todavía hay acentos más revolucionarios en este filósofo cristiano. Citemos un pensamiento que ha imitado Rousseau y que no rechazarán los socialistas: «Este perro es mío, decían esos pobres niños; este es mi sitio para tomar el sol; hé ahí el comienzo y la imagen de la usurpación de toda la tierra.»

Genialidad de un pensador solitario, se dirá, que nada prueba respecto de las tendencias de una época. No pretendemos identificar el siglo de Voltaire con el siglo de Luis XIV; pero la analogía es más grande de lo que se cree; es tal a veces, que podría inducir a error, y ha engañado en efecto. En 1788 se publicó, bajo el título de *Votos de un patriota*, un folleto que alcanzó un éxito inmenso, y este escrito revolucionario no era más que una nueva edición de quince memorias de un celoso católico impresas cien años antes, del 11 de Agosto de 1689 al mes de Septiembre de 1690, con este título: *Suspiros de la Francia esclava que aspira a la libertad* (1). Los deseos de Francia encontraron eco en el palacio de Luis XIV: conocidas son las esperanzas que hizo concebir el duque de Borgoña, aquel príncipe indomable a quien el dulce genio de Fenelón logró domar acaso demasiado pronto. No eran para inspirar confianza los proyectos quiméricos del arzobispo de Cambray; formó, sin embar-

(1) NODIAR, *Mélanges tirés d'une patite bibliothèque*.

go, una pequeña escuela donde se encontraban hombres políticos; si la aristocracia cuenta al duque de Saint-Simón entre sus fervientes admiradores, hay que añadir, para ser justos, que había también simpatía por las miserias del pueblo. La gran máxima de los reformadores que se inspiraban en las ideas de Fenelón era que «los reyes están hechos para los pueblos, y no los pueblos para los reyes», cabalmente lo contrario del despotismo de Luis XIV. El mero hecho de que estas ideas se abrieran paso en el seno de la corte del príncipe que decía: el Estado soy yo, es una señal de los tiempos: el siglo XVII era una aspiración hacia el siglo XVIII.

### III

El siglo XVIII es, pues, el hijo del XVII. Queda por averiguar de dónde procedía éste. En este punto parece que recobran toda su ventaja los defensores de la Iglesia. Según ellos, los gémenes de incredulidad que los libres pensadores se complacen en atribuir al siglo de Luis XIV son el fruto funesto de la revolución religiosa que abrió la era moderna. En este sentido admite el conde de Maistre la solidaridad de los tres siglos que conducen al catolicismo del 89: «Los siglos XVI y XVII, dice, pudieran llamarse las *premisas* del XVIII, que no fué, en efecto, sino la *conclusión* de los dos precedentes. No habría podido el espíritu humano elevarse súbitamente al grado de audacia de que hemos sido testigos; era preciso, para declarar la guerra al cielo, poner todavía a *Osa* sobre *Pelion*. El filósofo no podía elevarse sino sobre la vasta base de la Reforma» (1).

No es de hoy la acusación que dirigen los católicos a la Reforma de haber engendrado la incredulidad que invade al mundo cristiano. Arnauld acusaba en el siglo XVII a los reformados de ser causa de que hubiera tantos libertinos que negaran la divinidad de la Escritura, y llegó hasta a hacer de Espinosa un calvinista (2). Jamás confesarán los defensores de la Iglesia que, si el mundo se hace incrédulo, es porque ya no puede creer en los milagros y en las supersticiones del catolicismo, y es, por consecuencia, necesario que caiga sobre al-

(1) DE MAISTRE, *Du Pape*, conclusión.

(2) ARNAULD, *Apologie pour les catholiques*, p. 18, 19.

quien la responsabilidad de esa peste que se difunde por toda la cristiandad: ese alguien es Lutero, es Calvino. ¿Quién no ve que, aun suponiendo que esto fuese cierto, sería echar atrás la dificultad y no resolverla? ¿Cómo se explica que, después de quince siglos de educación católica, cortara una gran parte del mundo cristiano el yugo de la fe para hacerse incrédulo? Pero lejos de ser verdad que la Reforma fuera una explosión de incredulidad, fué, por el contrario, una reacción del sentimiento cristiano contra la incredulidad entronizada en la silla de San Pedro. ¡Incrédulo Lutero, que, espantado de la falta de fe que era general en el clero romano, hizo de la fe la esencia del cristianismo! ¡Incrédulo Calvino, que persiguió a los libertinos con la crueldad de un inquisidor! Diga-mos más bien que, si existe todavía la religión cristiana, hay que agradecerlo a los reformadores.

Si los reformadores despertaron y vigorizaron el sentimiento cristiano, ¿cómo podían proceder de la Reforma los filósofos, libres pensadores, enemigos del cristianismo? Por lo mismo que la filosofía hacia una guerra a muerte a la revelación milagrosa, debía ser, por lo menos, tan hostil a la Reforma como al catolicismo. ¡Voltaire se habría asombrado si se le hubiera dicho que era discípulo de Calvino, cuando él tenía al cristianismo evangélico por adversario tanto más temible cuanto parecía dar alguna satisfacción a la razón! Lo cierto es que los libres pensadores llevan más ventaja contra una Iglesia que multiplica los misterios, que ama los dogmas absurdos, que se complace en desafiar a la razón para embrutecerla más, que cuando tienen que combatir una confesión religiosa que apela a la razón individual, que circunscribe lo sobrenatural a los más estrechos límites y que está muy cerca de reconocer el progreso en el dominio de la religión. Tan verdad es esto, que Voltaire no tendría razón de ser frente a las sectas avanzadas de la Reforma; y así, no fué en un país reformado donde Voltaire nació y luchó: el siglo XVIII es el siglo de la Francia católica, no es el siglo de la Alemania protestante ni de Inglaterra. ¿Ha sido esto un mero accidente? El acaso no tiene sentido ó es una confesión de la ignorancia. Ya hemos dicho en otra parte por qué se había conservado católica la Francia en el siglo XVI, católica en el sentido de que rechazó la Reforma: en realidad, no era ni ultramontana ni hugonote, era de la religión

de Montaigne y de Rabelais, es decir, predestinada á ser volteriana (1).

Esto basta para probar que el movimiento filosófico no puede proceder de la Reforma. Si se va al fondo de las cosas y se pregunta cuál era el fin de los reformadores y cuál el de los filósofos, se reconoce que no hay nada de común entre ellos sino un lazo providencial. Los reformadores son cristianos, más cristianos todavía que los católicos, porque exageran el principio de la fe y el dogma de la gracia; los filósofos repudian el cristianismo y rechazan la fe y la gracia como supersticiones. Se dice que la Reforma inaugura el reinado del libre pensamiento, y que la filosofía continúa su obra. La hoguera de Servet atestigua cuál era la solicitud de los reformadores por la libertad intelectual; su libertad es una libertad interior; emancipan al fiel del yugo de la Iglesia, mas para encadenarlo con mayor fuerza en los lazos de la fe; Lutero escribió un libro sobre el *Siervo albedrío*. Los filósofos son los verdaderos libertadores del espíritu humano; rompen sus cadenas reivindicando la libertad de pensar. En cuanto á las consecuencias políticas y sociales del cristianismo, no pensaban más en ellas los reformadores que los papas. La patria de Lutero siguió agobiada bajo el torpe despotismo de pequeños tiranos hasta el día en que la Francia revolucionaria fué á llevarle la libertad. Si Francia tomó la iniciativa de la revolución, fué porque no era ni católica ni protestante: católica, no la habría hecho jamás, porque tuvo que hacerla contra el catolicismo; protestante, se habría contentado con hacerla para sí, como Inglaterra y la América. Si Francia inauguró la revolución, fué, en suma, porque era hija de Voltaire y de Rousseau.

Hemos dicho que existe un lazo providencial entre la filosofía y la Reforma, aunque no tuvieran de él conciencia los filósofos, y menos todavía los reformadores. No sospechaba Voltaire, cuando declaró una guerra á muerte al cristianismo, que Lutero y Calvino eran sus predecesores, y esto, sin embargo, es de toda evidencia. Si la Iglesia hubiera tenido en el siglo XVIII la integridad de su poder, no habrían podido los filósofos atacar al cristianismo como lo hicieron; si lo hubieran osado, la Inquisición habría hecho en ellos pronta justicia.

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma*.

Y ¿quién destruyó el poder de la Iglesia? La Reforma; y sólo la Reforma podía hacerlo. Quedando en el terreno del cristianismo y apelando á los sentimientos cristianos de las masas, lograron los reformadores abatir al coloso. En vano lo habrían intentado los filósofos, porque no se dirigen sino á un pequeño número de elegidos, y no son los que hacen las revoluciones. Sin Lutero y sin Calvino, Voltaire y Rousseau habrían sido imposibles.

Un lazo más íntimo existe todavía entre los reformadores y los filósofos. Aunque pretendiendo volver al cristianismo primitivo, era en realidad la Reforma un primer paso fuera del cristianismo tradicional: Voltaire hace constar con satisfacción que el clero reformado es ó tiende á ser sociniano. La filosofía era un movimiento más radical; no quería más el cristianismo primitivo que el catolicismo romano. Parece á primera vista que existe un abismo entre la reforma religiosa, cristiana, y la filosofía, enemiga decidida del cristianismo y de la religión; pero la oposición es más aparente que real. Los protestantes siguen siendo cristianos de nombre; á decir verdad, su cristianismo es una religión nueva, por el solo hecho de ser progresiva; los filósofos, la mayor parte á lo menos, no quieren ya ser cristianos; pero el cristianismo que rechazan es el cristianismo tradicional, inmutable, el cristianismo que alimenta la superstición y se apoya en la ignorancia. Cuando este falso cristianismo sea destruido, no estarán lejos los filósofos de hallarse de acuerdo con los reformados; y tan verdad es esto, que hoy se dan la mano las sectas avanzadas de la Reforma y la filosofía. Así el siglo XVIII, aunque queriendo destruir el cristianismo y la religión, preparó una religión nueva, religión que con los reformados se puede llamar cristianismo, pues que procede de Jesucristo, pero como el Cristo procedía de Moisés, transformándolo.

La filosofía supera al movimiento más reservado, más tímido de la Reforma. Habiendo nacido cristiana, no se atreve la Reforma á reconocer el fin hacia el cual marcha ni á proclamar que la humanidad es más grande que la gran figura del Cristo. Por esto debía la filosofía venir en ayuda de la Reforma: los filósofos no tienen ese respeto supersticioso de la autoridad que detiene á los reformados; proceden de la humanidad más que de Jesucristo; pueden, por consecuencia, sin presunción alguna, pretender que la nueva religión debe supe-

rar al cristianismo, pues que la humanidad, en su desarrollo progresivo, ha superado los sentimientos y las ideas que inspiraban al Cristo. Así han trabajado la filosofía y la Reforma para una nueva religión, sin darse apenas cuenta de sus esfuerzos y menos todavía de su concierto. ¿Quién, pues, las ha guiado hacia el fin común? La Providencia. ¿Que esta educación providencial nos sostenga y nos aliente! Á veces la ansiedad de la duda se apodera de los que trabajan, preguntándose inquietos cómo saldrá la fe de un movimiento social en el cual no perciben más que anarquía, disolución y corrupción. Confíen en que lo que Dios ha preparado sabrá también cumplirlo.

### § III.—El siglo XVIII y la religión.

#### I

“La incredulidad, dice d'Alembert, es una especie de fe para la mayor parte de los impíos.” (1). Esta sentencia nos da la clave de una de las más singulares contradicciones que ofrece el siglo XVIII, tan rico en contradicciones. En apariencia, no tiene más que un fin el trabajo de los filósofos, el de destruir la religión cristiana; no piensan en sustituirla con otra religión, y se entregan á esta obra de demolición con un ardor increíble, sin inquietarse de lo que será de la humanidad cuando las almas se vean huérfanas de fe, empleando fanatismo en atacar el fanatismo, haciendo propaganda para difundir la irreligión y llamándose apóstoles; pero ¿apóstoles de qué? Si hubieran triunfado en su obra, habrían conducido á la incredulidad absoluta. ¿Se puede concebir que los hombres se apasionen por arrancar de su corazón toda fe, cuando la fe es una condición tan necesaria para su vida moral como el sol para su existencia física? ¿Cuál era, pues, el atractivo que la negación, la nada, tenía para nuestros padres?

Tal es la cuestión que se propone uno de los buenos espíritus de nuestra época (2). Tocqueville no es un librepensador; habla con un desdén poco disimulado de los filósofos del siglo XVIII; y, sin embargo, una cosa impresiona á este profundo observador cuando compara el siglo de la incredulidad

(1) D'ALEMBERT, *Œuvres*, t. IV, p. 268.

(2) TOCQUEVILLE, *l'ancien Régime et la Révolution*, páginas 228, 238.

con el nuestro. Vivimos en una época de reacción católica; somos, pues, á lo menos en apariencia, más religiosos que nuestros padres; mas no tenemos ya aquella fe activa en el poder del hombre que animaba á los incrédulos. Estamos abatidos, como se está en tiempo de duda y de escepticismo, mientras los libres pensadores que calificamos de incrédulos y escépticos tenían una fe ilimitada en lo porvenir, y se creían bastante poderosos para regenerar completamente la sociedad que desquiciaban: “Estos sentimientos y estas pasiones, dice Tocqueville, habían llegado á ser para ellos una especie de nueva religión, que, produciendo algunos de los grandes efectos que se ha visto producen las religiones, los arrancaba del egoísmo individual, los movía hasta el heroísmo y á la abnegación, y los hacía con frecuencia como insensibles á todos esos pequeños bienes que nos poseen.”

¡Así tenía la incredulidad del siglo XVIII el poder de una nueva religión! El materialismo engendraba la abnegación, mientras nuestro cristianismo de reacción nos inclina á los goces de la materia! Preciosa confesión viniendo de un hombre como Tocqueville, poco simpático á la filosofía del siglo pasado, y que vivía en medio de la reacción de cuyos sentimientos cristianos participaba. Todo hombre de buen sentido dirá que si la religión con que se hace tanto ruido en la sociedad reaccionaria rebaja los espíritus en vez de elevarlos, debe ser un movimiento facticio; que si el espiritualismo cristiano inclina á los hombres á gozar de los *pequeños bienes* de la tierra, en vez de inspirarles su desprecio, debe ser una ilusión ó una hipocresía; y nosotros probaremos, en la serie de nuestros *Estudios*, que tiene razón el buen sentido. En cambio, si la filosofía incrédula del siglo XVIII producía la abnegación y comunicaba la fuerza del sacrificio, debía haber en ella otra cosa que el vacío y la nada.

¡El vacío y la nada! La Escritura dice que se debe juzgar al árbol por sus frutos; compárese la revolución, fruto de la incredulidad, y nuestra época, que tiene la dicha de creer en la Inmaculada Concepción. Salid de vuestras tumbas, héroes del 89 y del 93, y oid á estos habladores de religión que llenan nuestros salones y nuestras iglesias, que la verdadera religión es la que nos eleva por cima del egoísmo individual y nos da el poder